

BRASIL Y MEXICO ¿PAISES DEL TERCER MUNDO?

Geraldo Holanda Cavalcanti

No existe duda alguna en los espíritus de todos los que siguen con atención las actuaciones de Brasil y de México en su política externa sobre el hecho de que nos consideramos y actuamos en nuestras relaciones internacionales como países del Tercer Mundo. Así lo han proclamado nuestros dirigentes, así lo han repetido nuestros representantes diplomáticos en los organismos internacionales, así lo dicen los estudiosos de nuestras relaciones externas, así lo siente el Pueblo de ambos países.

No pretendo discutir esa posición axiomática, con la cual, además, me siento totalmente identificado. Lo que me propongo en esta ocasión —y propongo a Ustedes— es reflexionar algunos instantes sobre el significado de ese hecho, o de ese sentimiento, qué es “pertener al Tercer Mundo” y sacar algunas conclusiones de este examen.

Mi primera reflexión tendrá por objetivo responder a la pregunta: ¿qué significa el Tercer Mundo y qué es pertenecer al Tercer Mundo?. En seguida, procuraré ubicar a mi país —y apenas incidentalmente a México— en el contexto del Tercer Mundo. Finalmente ventilaré algunas conclusiones prospectivas de esas reflexiones.

No obstante que la expresión Tercer Mundo sea de uso corriente, tengo dudas sobre la capacidad de la mayoría de las personas que la utilizan y definen pronta e inequívocamente.

En su origen, la expresión fue acuñada con un criterio histórico comparativo. Ha sido el Profesor francés Alfred Sauvy quien primero la utilizó como analogía al *Tercer Estado* de la Francia revolucionaria de 1789. Como se recuerda, en la etapa prerrevolucionaria la nobleza y el clero, representaban al *Primer* y *Segundo Estado* respectivamente, y eran detentadores del poder y de casi todos los derechos sociales. La mayoría del Pueblo —el Tercer Estado— no disponía casi de derechos políticos y sociales. Sauvy vió en la mayoría de los países del mundo contemporáneo una situación similar al comparar su poder político, su grado de desarrollo

económico y sus posibilidades culturales con las de los países más avanzados. El concepto *Tercer Mundo* tenía, así, un gran alcance y ya incluía un contenido reivindicatorio de derechos; pero más que el concepto de Sauvy, lo que sirvió para consagrar la expresión fueron las interpretaciones del concepto que iban haciendo los líderes de los países que se fueron agregando bajo esa bandera.

Originalmente predominaron las interpretaciones que resaltaban el aspecto anticolonialista del concepto. La primera conferencia que reunió jefes de Estado de países subdesarrollados, casi todos surgidos de la lucha anticolonialista, fue la de Bandung, en 1955. En aquella ocasión Nehru dijo: “nuestros países, representados aquí con toda seguridad son muy diferentes los unos de los otros; pero tienen un factor común: la oposición a la dominación en nuestros continentes de las potencias occidentales”¹.

No se puede olvidar que el primer impulso de solidaridad de los pueblos que llamamos hoy del Tercer Mundo, surgió de la necesidad del apoyo recíproco entre los pueblos de los países que acababan de liberarse del yugo colonial en Africa y en Asia o de aquellos con territorios todavía bajo dominación colonial. En ese sentido la Conferencia de Bandung, al mismo tiempo que estableció las bases del movimiento no alineado, sirvió para hacer evidente, por primera vez en forma colectiva, algunos de los sentimientos que, posteriormente, vinieron a caracterizar al “tercermundismo”.

Este primer ensayo de coordinación entre los países del Tercer Mundo fue esencialmente afroasiático. Jaime Estévez, en su libro *Crisis del orden internacional y Tercer Mundo*, observa que “la articulación entre el movimiento tercermundista afroasiático, y de América Latina fue compleja. Los gobiernos latinoamericanos no estaban interesados en profundas y radicales transformaciones internas

1. Cf. Estévez, Jaime. *Crisis del orden internacional y Tercer Mundo*. México, CEESSSTEM, 1983, p. 26.

ni se proponían como objetivo central eliminar la influencia en sus países de las potencias occidentales; por el contrario, se identificaban con éstas por oposición al avance del socialismo en Europa. De este modo, aunque América Latina respaldó algunas reivindicaciones, como la lucha por la descolonización en África, su vínculo real con el movimiento tercermundista fue casi inexistente hasta mediados de los años sesenta².

La convergencia entre las posiciones de los países de los tres continentes se dio a mediados de los años sesenta, más específicamente en 1964, con motivo de la I Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo.

Mientras África y Asia se ocupaban primordialmente de la independencia política, América Latina, cuya independencia política databa de más de un siglo, se preocupaba por los aspectos más sutiles de su independencia económica. Importantes estudios teóricos se desarrollaron a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta sobre las relaciones económicas de los países menos avanzados con los países más avanzados y por primera vez el concepto de desarrollo económico fue sistemáticamente adelantado como criterio de progreso, al mismo tiempo que surgían las ideas de responsabilidad internacional para el desarrollo. La contribución de la Comisión Económica para América Latina en la popularización de esas nuevas ideas ha sido inestimable.

En Ginebra, en 1964, la formalización de un foro de consulta y concertación entre los países de África, Asia y América Latina, el Grupo de los 65, luego de los 77, designación que guarda hasta hoy, no obstante sean ya 126 sus integrantes, ha sido otro paso importante hacia la concientización de la comunidad de intereses o sentimientos que une a los países del Tercer Mundo. Así como el movimiento no alineado sirvió para mantener encendida la llama de las reivindicaciones políticas de este grupo de países, el Grupo de los 77 vino a constituirse en el principal escenario para la discusión de sus reivindicaciones económicas.

No cabe aquí hacer un resumen de la larga historia de las reivindicaciones económicas del Tercer Mundo. Mi intento es el de identificar los factores que contribuyen a la conciencia de pertenecer al Tercer Mundo. Vimos que, por lo menos en el origen, para los países de África y Asia un factor importante era el hecho de haberse liberado o querer-

se liberar de la dominación colonial, y también que en América Latina el factor dominante parecía ser el de alcanzar un mayor grado de independencia económica y que esa aspiración se manifestó como una toma de conciencia de la necesidad de desarrollo económico. En realidad, la novedad estaba en sentirse "subdesarrollado" frente a naciones "desarrolladas". En América Latina la noción de "dependencia" asociada a memorias coloniales estaba prácticamente desaparecida. La situación de inferioridad se revelaba frente al grupo de países más avanzados y no necesariamente frente a las exposiciones colonizadoras.

Hago aquí un pequeño paréntesis para hacer un recorrido de la evolución histórica de la terminología utilizada para describir a los países del Tercer Mundo en cuanto a su grado de desarrollo económico.

Antes del énfasis de la necesidad del desarrollo, lo que preocupó a los teóricos y a los gobernantes fue la caracterización del propio estado de subdesarrollo. Debo observar que esa expresión luego perdió su atracción inicial; pero la perdió más por razones técnicas, por su impropiedad descriptiva, que por razones psicológicas. A muchos dirigentes de países subdesarrollados no les parecía bien esa designación que tenía un aire despectivo.

Quizás por esas mismas razones psicológicas no tuvo aceptación la expresión propuesta por Toynbee de "naciones proletarias", la cual tenía además, como bien observa Héctor Cuadra, la desventaja de ser una falsificación de la realidad; al querer hacer una analogía entre las relaciones internacionales y las relaciones de producción que pueden existir dentro de una misma sociedad, "lleva a considerar a la población de cada Estado como un todo y, por lo tanto, como una sociedad sin clases, mientras que los países subdesarrollados no están poblados sólo por explotados sino también por poderosos explotadores"³. Más exitosa ha sido la segunda versión del concepto, la designación "países menos desarrollados" (*less developed countries*); cuya forma inglesa abreviada LDC' es todavía la prevaleciente en la terminología de la ONU; pero como su predecesora, esa designación no escapa a las críticas lógicas. Todos los países menos uno, el más desarrollado, son comparativamente menos desarrollados que algún otro. Reconociendo esa insuficiencia, más dramática a medida que se procura designar a los países que están en los ex-

2. Ibid p. 27.

3. Cuadra, Héctor. "El Tercer Mundo y sus líderes". *Presencia Nueva*, Vol. 1, No. 2, México, CEESTEM, 1981, pp. 10-11.

tremos del espectro — los más avanzados y los más retrasados entre los países “menos desarrollados” — fue necesario establecer nuevas subcategorías. Así a los primeros se les pasó a llamar “naciones emergentes” (emerging nations) y a los segundos “países de menor desarrollo relativo” (Least developed countries).

El concepto de “nación emergente” le debe mucho a las ideas del economista estadounidense Walter Rostow, con su teoría del *take-off*. Ciertas naciones del mundo menos desarrolladas, según su teoría, podrían en un determinado momento encontrarse en una situación económica favorable a un despliegue que las podría lanzar al camino de un desarrollo autosostenido. Cuando eso acontece, el país en esa situación puede sustraerse de la condición de subdesarrollo y pasar a la categoría de país desarrollado. Esa teoría tuvo mucha boga en los últimos años de la década de los cincuenta y por toda la década de los sesenta. Lamentablemente no se conoce un sólo caso de país que haya efectivamente realizado el despliegue y se haya incorporado a la categoría de país desarrollado. Más recientemente, y siempre con la preocupación de cubrir todas las hipótesis que rehusan a enmarcarse dentro de los esquemas apriorísticos creados por las categorizaciones de laboratorio, una nueva designación ha sido elaborada para describir a aquellos países menos desarrollados que se han caracterizado por un rápido desarrollo industrial. Estos son los NICS, (*new industrialized countries*) o nuevos países industrializados.

En cuanto a los países del otro extremo del espectro, la expresión en español en nada mejora la fórmula más sencilla de “país menos desarrollado”. La idea de comparación ya está explícita en la expresión y nada se agrega al concepto con la inclusión del término “relativo”. En inglés la designación es más precisa y descriptiva de la situación real.

Una tercera designación para el concepto ha sido la expresión “países en vías de desarrollo”, o simplificada “países en desarrollo”. Desde un punto de vista lógico la expresión es todavía más infeliz que las dos primeras. Sus antecesoras tenían por lo menos la implicación lógica de que algunos países tenían más desarrollo que otros mientras que la nueva designación es totalmente ambigua. En realidad de todos los países se puede decir que son países en desarrollo, hasta del más desarrollado del Mundo, y, quizás, con más razón de éste por ser el que más se desarrolla. La ironía implícita en ese nuevo concepto, ironía involuntaria, es que él

sólo es justo en la medida en que hay países que están en vías de sub-desarrollo; pero aun cuando nos decidamos por una u otra de esas expresiones como forma para designar a los países que componen el Tercer Mundo, el problema está lejos de haber sido resuelto. En cualquier caso, debemos decidir qué factores determinan que un país sea considerado subdesarrollado, o menos desarrollado, o en proceso de desarrollo.

Por mucho tiempo el criterio que parecía obvio era el de la renta *per capita*. La creación de la OPEP y la adopción de nuevas políticas de comercialización del petróleo y de fijación de sus precios creó una subcategoría de nuevos ricos dentro del mundo subdesarrollado o menos desarrollado que impide la generalización de la aplicación del criterio de la renta *per capita* como caracterización del subdesarrollo. El Kuwait es hoy uno de los países de más alta renta *per capita* en el Mundo, sin que deje de, por otros criterios, poder enmarcarse plenamente entre los países del Tercer Mundo. Lo mismo se aplica al Sultanato de Brunei, que acaba de ingresar a la Organización de Naciones Unidas como su 159º miembro.

Durante mucho tiempo se pensó tomar como característica común de los países del Tercer Mundo su dependencia de exportaciones de productos primarios, sobre todo agrícolas, y de materias primas. El privilegio dado a ese aspecto iba a la par con la deterioración secular de los términos de intercambio como una de las causas del subdesarrollo. Tales hechos son innegables. La gran mayoría de los países del Tercer Mundo, si son exportadores principales de productos primarios, pero también lo son Australia y Nueva Zelanda sin que por ese hecho se puedan clasificar como países menos desarrollados. Por otra parte, algunos países del Tercer Mundo presentan un grado avanzado de industrialización y de participación de productos manufacturados en sus exportaciones. Tal es el caso del Brasil, por ejemplo, país que ya figura entre los ocho países más industrializados del Mundo y cuyas exportaciones manufactureras ya sobrepasan las exportaciones de productos primarios.

Gonzalo Martner, al comentar la variedad de grados y estilos de desarrollo en su libro *Introducción a las economías del Tercer Mundo*⁴ los clasifica en seis categorías: países con economía agraria de subsistencia, países con economía primario-expor-

4. Martner, Gonzalo. *Introducción a las economías del Tercer Mundo. Un estudio histórico-económico sobre el desarrollo de Africa, Asia y América Latina*. México, CEESTEM-Nueva Imagen, 1983.

tadora y países con economía en industrialización, éstos por su parte clasificados en países con economía en industrialización substitutiva, países con economías en industrialización para la exportación de manufacturas, y países en industrialización para la demanda popular. Las cinco primeras clases corresponden, según Martner, a modelos de desarrollo capitalista y la última al modelo socialista adoptado en países como China, Cuba y Argelia. Hay países en desarrollo que corresponden a cada una de las descripciones mencionadas. Una vez más se ve la dificultad de encontrar un factor económico decisivo para caracterizar el subdesarrollo.

Se pensó que la calidad de importador líquido de capitales podría servir para definir la situación de subdesarrollo; pero, ¿qué decir del hecho de que los países árabes exportadores de petróleo son o fueron por muchos años los más significativos exportadores líquidos de capitales? Por otro lado, ¿la crisis financiera contemporánea, a su manera, está transformando los países deudores del Tercer Mundo, y en especial a los grandes deudores de América Latina, como Brasil y México, en exportadores líquidos de capital?

Quizás la dependencia tecnológica sea uno de los criterios que mejor permita una amplia generalización. En efecto, ella es una característica presente en todos los países del Tercer Mundo; pero, ¿no está presente, también, en algunos países del Primer y Segundo Mundo?

Ivan Menéndez, en *Realismo y utopía de la paz y del desarrollo*, destaca entre los problemas comunes de la estructura del subdesarrollo una estructura del subdesarrollo una estructura agraria desequilibrada, el lento crecimiento de la industria de transformación, la aguda dependencia tecnológica, el rápido aumento poblacional y la falta de planeación en el crecimiento urbano⁵; pero también a un conjunto de características como éstas se pueden agregar nuevos aspectos y apuntar excepciones.

Pierre Jalée, en *El Tercer Mundo en la economía mundial. — La explotación capitalista* sin definir sus criterios, ensaya una clasificación según la cual el Mundo estaría dividido en dos categorías: los países del sistema socialista (en la terminología de la ONU aquellos con economía centralmente planeada) y los países del sistema capitalista; estos últimos, a su vez, estarían divididos en países capitalistas evolucionados y países capitalistas atrasa-

dos o *Tercer Mundo*⁶. Tal clasificación, formulada a fines de los sesenta, no resistió a los hechos. China, Yugoslavia y Cuba, para no hablar de otros países socialistas de todos los continentes forman parte del llamado Tercer Mundo sin que nadie piense en contestar la validez de su participación. La clasificación de Jalée estaba fundada en el hecho de la explotación capitalista, por parte de los países más avanzados, sobre los menos avanzados del mismo sistema. Creo que lo que se puede verificar hoy es que existen formas de explotación bastante similares en ambos sistemas, el capitalista y el socialista, por parte de las naciones más desarrolladas, detentadoras de mayor avance tecnológico y de una más fuerte estructura económica, sobre las demás naciones más débiles, sin importar si son de ese o de aquel mundo. La clasificación de los países en tres mundos hecha por Mao Zedong en su *Teoría de los Tres Mundos* parece inspirarse en esos supuestos. Para Mao, el Primer Mundo lo constituían Estados Unidos de América y la URSS —las grandes superpotencias atómicas—; el Segundo, los países de Europa, independientemente de sus regímenes políticos, Canadá y Japón; y el Tercer Mundo sería constituido por los países de Asia —incluida China—, Africa y América Latina.

Héctor Cuadra reúne distintos criterios y afirma que lo que está implícito en el concepto de Tercer Mundo es la trilogía explotación económica, subordinación política y enajenación cultural⁷. Salta a la vista que tal concepto es una bandera y no una descripción.

Creo que lo que todo esto parece revelar es que no existe un criterio único para identificar a un país como parte del Tercer Mundo. Al mismo tiempo sabemos que existe alguna cosa en común entre, por ejemplo, México y Brasil, que no existe entre, por ejemplo, cada uno de nuestros países y Estados Unidos de América. Ese factor común entre nosotros y diferente con Estados Unidos es una mezcla y una suma de muchos rasgos distintos, de la mezcla y la suma que nos aproximan a cada uno de nosotros con otros países del Continente, o de Africa o de Asia, en los cuales también encontramos una fraternidad diferente a aquella que nos puede unir con países del mundo "desarrollado".

Intentaré identificar ese valor que escapa a cuantificaciones y a generalizaciones de aspectos económicos y políticos.

5. Méndez, Ivan. *Realismo y utopía de la paz y del desarrollo*. México, Grijalvo, 1984, pp. 31-32.

6. Jalée, Pierre. *El Tercer Mundo en la economía mundial. La explotación capitalista*. México Siglo XII, 1979.

7. Cuadra, Héctor. Op. cit. p. 8.

Mucho del pensamiento político y económico en el Tercer Mundo se origina en Europa Occidental y en Estados Unidos; en alguna medida, en tiempos recientes, también es la Unión Soviética. El maoísmo, de efímera importancia en algunos países del Tercer Mundo, no llegó a representar una influencia significativa. Todo ese pensamiento está fuertemente matizado por un eurocentrismo arraigado, insidioso, pocas veces detectado y casi nunca analizado críticamente. De eso no se aparta ni siquiera el pensamiento soviético contemporáneo. El comunismo soviético es un cisma del pensamiento occidental. La *praxis* soviética está marcadamente influenciada por categorías que privilegian el aspecto ruso, es decir "europeo" de su cultura, como tan bien ha demostrado Helene Carrère d'Encausse en su libro *L'Empire Eclaté*.

En tal cuadro, acostumbramos juzgarnos en comparación con nuestros modelos. Somos desarrollados o subdesarrollados, cultos o incultos, educados o sin educación, inteligentes o ignorantes, creadores o incapaces de crear, buenos o malos de acuerdo con nuestros modelos. Económicamente, crecer significa alcanzar los niveles de nuestros modelos, las proporciones de sus economías, la composición de sus productores, el volumen de sus comercios, la calidad de sus bienes de consumo, sus disponibilidades de inversión productiva y de ocio. Políticamente, modernizarse significa adoptar sus instituciones, copiar sus procedimientos de legitimación del poder, su discurso y hasta sus defectos. Culturalmente, progresar es incorporar las tecnologías desarrolladas en los "centros" y patrones de comportamiento social, artístico y morales en ellos iniciados. Así, actuamos al unísono con nuestros modelos. Ellos también sienten lo mismo, que son realmente modelos y que el progreso y la salvación general están en que continúen siendo modelos.

En el seno del Tercer Mundo se está formando la concepción de que las cosas no son así y no deben ser así. No niego que por mucho tiempo y quizás aún hoy en una gran mayoría de las poblaciones del Tercer Mundo, la idea predominante siga siendo la de alcanzar grado cada vez más elevados de desarrollo que los aproxime al nivel y a los patrones de vida de las naciones más avanzadas. Tampoco niego que esa motivación pueda ser un motor eficaz para promover el desarrollo; pero los analistas más lúcidos se dan cuenta de que en esa carrera las probabilidades son como las de que la tortuga alcanzará a Aquiles. No hay fatalidad en eso. Las situaciones relativas entre los Estados no son estáticas. Ci-

taré sólo dos ejemplos: Brasil tenía en los años inmediatos de la posguerra un nivel de renta *per capita* similar a la de Japón, no obstante, los grandes esfuerzos hechos por nuestro país y los años del "milagro brasileño", cuando crecíamos a tasas altísimas, somos hoy una economía subdesarrollada en comparación con Japón; Argentina antes de la última guerra tenía una renta *per capita* superior a la de Italia, donde la guerra no impidió que la nación italiana se desarrollara más rápidamente que Argentina, la cual tiene hoy una economía subdesarrollada en comparación con la italiana. Estos son algunos ejemplos de evolución a mediano plazo. A largo plazo la posibilidad de evoluciones que cambien la situación relativa de los Estados es todavía más grande. Pero me he referido a probabilidades y no a posibilidades y las probabilidades están a favor de Aquiles, *other things being equal*.

En esta última expresión está la llave de mi raciocinio. Sólo hay una esperanza de cambio en la injusta división de riquezas en el Mundo y ésta es la de que las "otras cosas" no continúen iguales. ¿Qué son esas "otras cosas"? Son el conjunto de las reglas que rigen las relaciones de todo tipo entre países desarrollados y países en vías de desarrollo.

La sensibilidad para la necesidad de ese cambio ya existe; es ella el trazo de unión, el rasgo común que nos une en un mismo espíritu y permite que se sientan miembros de una comunidad países tan distintos como nuestros países latinoamericanos, nuestros vecinos de El Caribe, nuestros compañeros de África y de Asia; pero hasta ahí solamente llega esa identificación universal. Muchos siguen siendo los objetivos finales y los intermedios, así como los caminos para llegar a estos y para lograr el objetivo último al que todos aspiramos y que, en realidad, ya bautizados con el imponente título de Nuevo Orden Económico Internacional y que aquellos a quienes les gustan las siglas la llaman NOEI. Este concepto ha sido, enseguida, ampliado a otros sectores, el más notable es el de la información. Se habla hoy de un nuevo orden mundial de la información casi con la misma insistencia con que se habla del NOEI. En verdad, simplificaríamos mucho el problema si habláramos simplemente de un nuevo orden mundial y punto. ¿No es cierto que deseamos, también, un nuevo orden político, donde desaparezcan los imperialismos y las hegemonías? y también, ¿no es cierto que deseamos un nuevo orden cultural, donde sean respetadas las identidades culturales de cada nación?

Frantz Fanon, en su libro *The Wretched of the*

Earth, libro que Jean-Paul Sartre llamó "un clásico del anticolonialismo en el cual el Tercer Mundo se encuentra a sí mismo y se habla a sí mismo con su propia voz", decía: "Hoy podemos hacer cualquier cosa siempre y cuando no imitemos a Europa, siempre y cuando no seamos obsecados por el deseo de alcanzar a Europa... Tomemos la decisión de no imitar a Europa: combinemos nuestros músculos y nuestros cerebros en una nueva dirección. Intentemos crear al hombre completo, que Europa ha sido incapaz de traer en un triunfante nacimiento"⁸. Para Fanon, Estados Unidos buscó en Europa su inspiración y su modelo y se convirtió en una segunda Europa, una Europa exponencial en sus logros y en sus desastres. Sería un error para el Tercer Mundo crear una tercera Europa.

Peter Worsley, en su *Tercer Mundo — Una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*, llega a conclusiones que se aproximan a las de Fanon. Para Worsley no tiene sentido "continuar pensando en los problemas mundiales en términos de la superioridad inefable, ya sea del capitalismo o del comunismo"⁹. Para la solución de los problemas que el Tercer Mundo viene ofreciendo en forma de preguntas vividas con su sangre y con sus vidas no basta la "sabiduría convencional" de los hombres del Primer o del Segundo Mundo, con sus prejuicios y su altanería; pero tampoco parece que la gente del Tercer Mundo pueda encontrar las respuestas por sí misma. Yo diría que por las mismas razones: sus prejuicios y su altanería con signo inverso. Hay también un orgullo y una presunción de los pobres. Citando a Fanon, Worsley concluye su libro diciendo que la tarea que el Tercer Mundo se propone es la de "volver a introducir al hombre en el Mundo, el hombre en su totalidad, no el hombre oriental, el hombre occidental o el hombre del Tercer Mundo, sino la creación de las instituciones sociales y la formación de los valores humanos que, de hecho, ya existe"; pero no dice cómo se alcanzará esa marcha gloriosa de la Humanidad entera hacia la sociedad universal, e implora: "Necesitamos nuevas ideas con urgencia".

Ideas sí, son necesarias, pero sobretudo ideas de como instrumentar el mundo para alcanzar ese nuevo orden internacional que queremos ver instaurado. En cuanto a cómo debe ser ese nuevo orden, parece existir sustancial consenso entre los

países del Tercer Mundo: un orden en que desaparezcan los imperialismos y los colonialismos, las hegemonías y las discriminaciones de sangre, raza, color, sexo y otras; en que se respeten las soberanías nacionales y los derechos de las minorías; en que los problemas internacionales sean resueltos por la vía pacífica de la negociación; en que la cooperación internacional sea la regla y la negociación en la búsqueda del consenso del método para componer los intereses de las distintas comunidades nacionales. Un mundo que, en el orden universal, se oponga a cualquier concepción jerarquizada de la sociedad internacional; en que se respete el derecho de representación de las comunidades y de los individuos, su identidad cultural y sus posibilidades de manifestación, las libertades civiles fundamentales, las oportunidades de los individuos ante la ley.

Un mundo que, en el orden nacional, esté fundado en el más amplio pluralismo; que garantice la libertad de progreso a las naciones y a los individuos, la igualdad de acceso a los conocimientos esenciales al desarrollo, la igualdad de oportunidades de crecimiento. Un mundo donde desaparezcan la explotación económica entre las naciones y los individuos. En suma, un mundo de justicia, progreso y participación.

Una cosa parece clara en todas las concepciones: el objetivo del Tercer Mundo es... ¡el desaparecimiento del Tercer Mundo! Se trata precisamente de eso: de lograr condiciones que hagan posible la supresión de las diferencias que justifican hablar hoy de un Tercer Mundo, y aún de un Cuarto Mundo, en confrontación con las condiciones de existencia del Primer Mundo. En ese sentido me parece absurda la preocupación de Héctor Cuadra de que "no hay razón para aceptar la hipótesis de la 'desaparición' del Tercer Mundo como categoría política"¹⁰. Si no creemos que esa desaparición sea posible, entonces es que ya no hay esperanzas y ya no tiene caso luchar.

Dentro de la óptica en que me coloco, el Tercer Mundo es una condición y no una esencia; pertenecer al Tercer Mundo es un estado por definición superable; más aún, el objetivo común de los países del Tercer Mundo es el de superar su condición tercermundista. Nada existe pues de sagrado en el concepto, cuya intimidad debe quedar fuera de

8. Fanon, Frantz. *The Wretched of the Earth*. Gran Bretaña Penguin, 1969, p. 252.

9. Worsley, Peter. *El Tercer Mundo. Una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*. México, Siglo XXI editores, 1966, p. 258.

10. Cuadra, Héctor. Op. cit., p. 7.

discusión por miedo a la profanación. No piensan así los interesados en confundir el concepto de Tercer Mundo con el que adquirió, con el tiempo, el concepto de no alineamiento. En sí mismo, en pura lógica y aún en sus intenciones originales, el concepto de no alineamiento es una bella creación del espíritu humano y debe ser un ingrediente fundamental en la construcción de esa sociedad pluralista y abierta que es la aspiración del Tercer Mundo; pero no confundamos las aspiraciones idealistas de los grandes constructores de la Humanidad con la demagogia de los que usan las palabras para confundir los espíritus. Para mí son indisolubles los conceptos de no alineamiento y de pluralismo político, una posición no siempre encontrada entre defensores exaltados del no alineamiento.

¿A dónde llegamos después de esas reflexiones? Creo que hemos podido alcanzar algunas conclusiones: que no hay un criterio único, cuantificable para definir un país del Tercer Mundo que es una combinación de diversos criterios, en dosis variables, lo que caracteriza a un país como menos desarrollado y por lo tanto como parte de esa comunidad heterogénea que es el Tercer Mundo; que un rasgo común a todos los países de esa comunidad es el deseo de un nuevo orden mundial, caracterizado por una mayor igualdad de oportunidades de crecimiento y participación en las decisiones que afectan al destino común; que no es un club de pobres o un sindicato de desvalidos, no es tampoco una institución o una comunidad sagrada, sino un concepto instrumental que debe servir para propiciar la acción armonizada de los países que lo integran en la construcción de ese nuevo orden; que esa construcción sólo es posible con la colaboración de los demás mundos; finalmente, que pertenecer al Tercer Mundo es, por definición, un estado transitorio, toda vez que la aspiración de todo Estado del Tercer Mundo es precisamente, la de crear condiciones para que él en especial y todos los demás países del Tercer Mundo en general, puedan escapar de esa descripción de la manera más completa y más urgente posible.

Podemos ahora regresar a la pregunta que titula esta charla: *Brasil y México ¿países del Tercer Mundo?*

La respuesta inequívoca es: sí. No obstante, todos los programas concebidos por nuestros gobiernos, y el anhelo y los esfuerzos realizados por nuestros pueblos, seguimos siendo economías dependientes de las economías de los países desarrollados en un grado que elimina, en un plazo previsible, cualquier posibilidad de crecimiento autónomo.

Dependemos de ellos para la obtención de los créditos indispensables a nuestros programas de desarrollo (hoy lamentablemente, sólo para el pago de las tasas de interés por créditos antiguos) y a las inversiones indispensables para mantener activas nuestras economías. Dependemos de ellos para la comercialización de nuestros productos, para la adquisición de bienes de capital indispensables, y para la importación de tecnología; pero somos, también, parte del Tercer Mundo de una manera más positiva, no solamente por ese sentimiento de dependencia, sino también por un sentimiento fuerte de solidaridad con otros países en desarrollo que tienen los mismos problemas que nosotros, en grado menor o mayor, en gran medida pertenecemos al Tercer Mundo por compartir los mismos ideales que arriba resumí: de justicia, progreso y participación.

Brasil y México han sido destacados impulsores de la idea de un nuevo orden económico mundial en los foros multilaterales. Dejo a un lado la querrela, para mí bizantina, sobre si debemos decir "un nuevo orden económico internacional" o "el nuevo orden económico internacional" o sobre si escribimos con mayúsculas o con minúsculas la expresión. Con ese tipo de discusiones entre nosotros se divierten los que tienen un gran interés por vernos divididos. En realidad, cuando las hacemos no estamos sino repitiendo un tipo de *divertissement* intelectual y decadente que por siglos ha sido el deleite de un cierto mandarato europeo. En verdad, como ya hemos visto, el aspecto económico es apenas uno de los múltiples aspectos del nuevo orden que queremos ver instaurado.

Brasil y México como países importantes dentro del Tercer Mundo, por nuestras dimensiones relativas, por las potencialidades de nuestras economías, por el dinamismo de nuestra cultura, tenemos la responsabilidad de ser más representativos, en nuestra capacidad crítica con relación a las posibilidades de acción del Tercer Mundo a la adecuación de sus rumbos, a la eficacia de su estrategia. Debemos ser de los que aportan ideas, de los que dentro del grupo vayan construyendo un mundo más humano, que es el ideal subyacente de todos nosotros.

Una de las deudas que tenemos con la cultura europea es la enseñanza del espíritu crítico. No niego el valor del entusiasmo, la verdad evidente de que sólo se construye con fe en los objetivos que se buscan; pero la fe en quimeras y la confianza en milagros sólo conducen a decepciones y a derrotas. Una cosa, pues, me parece muy importante

y es que nuestra fe en un futuro de mayor igualdad entre todos los pueblos del Mundo esté basada no en una mera aspiración bien intencionada sino en la certeza de que es deseable, es viable, es construible y en la garantía de que disponemos de los medios o de las maneras de apropiarnos de esos medios para alcanzarlo. No se trata de erigir nuevas religiones, sagradas o laicas. La idea de un *Hombre Nuevo* es antigua en nuestra cultura y ha renacido bajo nuevos ropajes, con la pretensión de haberse reencarnado científicamente. Hemos visto cómo en sus distintas encarnaciones ha propiciado avances considerables en el plan ético y material, pero también ha servido para dar cobertura a los paroxismos de violencia y destrucción que todavía no parecen haber desaparecido del horizonte humano.

Quizás nuestra mejor contribución pueda situarse en reclamar para el desarrollo de la Humanidad una base más crítica, sobre la cual pueda fundarse la cooperación internacional orientada a la construcción y no a la destrucción. Muchos, si no la mayor parte de los valores que presentamos arriba como fundamentales en la utopía tercermundista, han sido aportados a nuestra cultura por la civilización occidental. Ahí tenemos, pues, un terreno de encuentro con los países desarrollados oriundos de la misma cultura. Una vez más, muchos, si no la mayor parte, de esos mismos valores o han sido asimilados por otras culturas no occidentales o no son contradictorios con ellas. Existe pues una amplia base de entendimiento que nos permite augurar la posibilidad de un consenso. Aún con relación a los países del Este europeo, se puede concebir la misma posibilidad. Las incompatibilidades que han surgido están más en la praxis que en la doctrina o más en las desviaciones doctrinarias que en sus raíces.

Los países del Tercer Mundo nos proponemos y proponemos a los demás una revolución; pero en esta idea no es indispensable el ingrediente revanchista y la destrucción indiscriminada. Destrucción y construcción, como nos enseña Leszek Kolakovsky,¹¹ son sólo conceptos. No se construye si no se destruye; lo importante es saber lo que se está destruyendo y lo que se está construyendo. Lo que queremos, los países del Tercer Mundo, no es cualquier cambio, sino un cambio que nos acerque a la utopía que hace poco delineamos. Uso la palabra "utopía" en el sentido en que la emplea Kolakovsky:

ky:

"Entiendo por utopía un estado propio de la conciencia social, surgido como correlato mental del movimiento social que aspira a reformar radicalmente al mundo humano. Inicialmente, un "correlato inadecuado... pues no la refleja más que en forma idealizada y mistificada... con el tiempo la utopía se convierte en una conciencia social actualizada; esto es, penetra en la conciencia de los movimientos de masas y forma parte de sus fuerzas motrices esenciales. La utopía pasa entonces del terreno del pensamiento teórico y moral al terreno del pensamiento práctico y comienza a determinar incluso la praxis humana".

Lo que no quiere decir que la utopía sea realizable. Sigue siendo una meta, pero una meta a la cual es posible acercarse continuamente.

Es imposible, por un lado, negar las contribuciones relevantes aportadas por el pensamiento y la praxis occidental y oriental al perfeccionamiento del hombre y a sus formas de convivencia social. Esto es válido tanto para Europa y Estados Unidos, como para Asia y la Unión Soviética. Si reconocemos los errores que han cometido y siguen cometiendo en sus relaciones con el Tercer Mundo, tenemos que reconocer, igualmente, los importantes valores que nos han legado. Entre esos valores están precisamente los más fundamentales de nuestra utopía tercermundista. Por otro lado, es necesario reconocer, también, que sería contradictorio con los valores utópicos que identificamos con el nuevo orden mundial que queremos ver establecido, negar a una parte de la Humanidad la posibilidad de participar en ese festín de armonía hacia el que nos queremos encaminar, ya sea la parte de los hoy desvalidos, ya sea la de los hoy aventurados.

Sé que no nos animan las reacciones de los países desarrollados que se apegan a sus privilegios y a las ventajas actuales que poseen. Es preciso luchar incansablemente y usar todas las armas eficaces para conseguir cambiar el *status quo*. Frente a la desproporción de poder, frente a los riesgos incommensurables que se derivan de la fragilidad del equilibrio político del mundo actual, sólo hay dos estrategias que pueden permitirnos avanzar: el diálogo constante, persistente, serio, inteligente con los países desarrollados y la solidaridad inquebrantable de los pueblos del Tercer Mundo. En realidad, las dos cosas son una sola. Es la solidaridad la que

11. Kolakovsky, Leszek. *El hombre sin alternativa*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

dará condiciones para el diálogo; sin ella, divididos, los pueblos del Tercer Mundo, no tendrán ninguna oportunidad frente a los intereses de los países desarrollados.

En una conferencia pronunciada en 1981, en Río de Janeiro, el Canciller brasileño, Ramiro Saraiva Guerreiro, dijo las siguientes palabras que, para mí, resumen muy bien el pensamiento del Gobierno de Brasil sobre el significado y las posibilidades del Diálogo Norte-Sur: "El Occidente desarrolló e implantó el concepto de la libertad, sin duda una de las más grandes conquistas del ser humano en el campo del Derecho; y protegió ese concepto, vinculándolo al de la igualdad — igualdad de oportunidades, igualdad ante la ley— para cohibir privilegios injustos, y al del pluralismo — la libre expresión de los intereses propios y del pensamiento creativo— para permitir la fertilización constante del intercambio de ideas sobre puntos de interés común". Como hemos visto, tales ideales de libertad y de igualdad son, precisamente, las bases de nuestra utopía tercermundista; por lo que el Canciller brasileño concluyó:

"El establecimiento de un nuevo orden internacional es, por lo tanto, un proyecto que debe aproximar a los países en desarrollo y a los de Occidente y tener por objeto establecer entre ellos relaciones justas y mutuamente benéficas. Afirmé que no existían contradicciones inseparables entre los dos grupos de países. En efecto, los ideales democráticos de igualdad, independencia y respeto a la diversidad en las relaciones entre las naciones, que constituyen el patrimonio de la cultura occidental, son plenamente

compartidos por los países en desarrollo y hasta a veces, por ellos más firmemente practicados. Los anhelos de progreso, justicia y participación efectiva que caracterizan al Tercer Mundo son enteramente compatibles con las reglas y expectativas de comportamiento de las naciones de Occidente. Defender un nuevo orden internacional basado en la igualdad, en la representatividad, en el respeto mutuo y en la cooperación equilibrada es coherente no sólo con los principios, sino también con los intereses más profundos y permanentes de Occidente.

"Brasil, como país del Tercer Mundo de inequívoca dimensión occidental, cree que las diferencias que separan a los países pobres y ricos son superables, siempre que el Occidente esté dispuesto a pautarse con sus propios ideales de progreso y de justicia para todos, sin discriminación. Es necesario apartar definitivamente la idea del conflicto inevitable entre el Tercer Mundo y el Occidente, mito que apenas encubre anhelos localizados de perpetuación de un estado de desequilibrio e injusticia".

Países como México y Brasil, que no quieren abandonar valores que forman parte de su propia cultura, valores que heredaron de la civilización occidental, tienen la responsabilidad de mantener vivo ese espíritu de diálogo y de no dejar que por entusiasmos demagógicos nos lancemos a caminos sin salida. Los valores no existen sin los hombres y sin las sociedades. Lo que queremos es un mundo más justo, un mundo donde los hombres vivan y se sientan más hermanados. De nada nos serviría un mundo en que las ideas triunfasen sobre un campo de muertos.